

TRAGEDIA.

LA GABRIELA.

EN GINGO ACTOS.

ACTORES.

Raul de Cuci.
El Conde Plé Fayél.
Gabriela de Bérgy.



Monlac, criado de Cuci.
Isaura, amiga de Gabriela.
Alverico, confidente de Fayél.

La Scena es en Borgoña en el Castillo de Otrej. Los cuatro actos primeros pasan en una Galería que comunica á los cuartos de Gabriela y Fayél.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

Fayél y Alverico.

Alverico, habiendo visto de léjos á Fayél, que parece muy desasosegado.

Alv. **F**ayél, teme, suspira, y la amargura que tan oculta en el silencio encierra; pronta ya á reventar; á su salida parece que duplica su violencia.

Fayél sentándose.

Fay. A Alverico llamé, resuelto estaba á declararle el mal que así me altera; ya está presente, y al abrir los labios, se retiran las voces de la lengua.

Alverico acercándose.

Alv. Vuestros ojos, Señor, oscurecidos de algun gran daño anuncian la tormenta:

vuestro oprimido corazon suspira, y á pesar suyo, claramente muestra el secreto dolor que le consume: estas desgracias en Otrej consternan todos los animos, y de llanto inundan de aqueste sitio la mansión risueña.

En vuestra amable y moribunda esposa secó el dolor, marchitó la pena las bellas flores, que en su tierno rostro tan liberal sembró naturaleza. ¿Cuáles son las desgracias que aquí ocultas

tanto terror y confusion fomentan? este secreto mi lealtad ofende, y da justos motivos á mi queja. Pues qué! no es Alverico aquel criado, á quien siempre eligió la amistad vuestra para fiel compañero; y que en los fuertes y peligrosos lances de la guerra á vuestro lado...

Fayél tomándole la mano.

Fay. De la Siria á Francia ya el gran Filipo victorioso llega; y este secreto que aclarar me importa al ir á verlo público me aterra.

Alv. Señor, estoy confuso, ¿pues qué daños con la venida de mi Rey recelas? ¿temes qué un Soberano tan augusto, solamente contigo injusto sea? á vos por cuyo brazo victorioso miró abatida la cerviz soberbia

del Borgoñon rebelde , y cuya mano en todo real , tu noble zelo premia de su victoria con el primer fruto. Que queriendo sirvieses de defensa al ilustre Vergi , con cuya hija tu union feliz sus órdenes abrevian ; paraque tu valor contrarrestase al de Borgoña , que oprimirle intenta , y que marchando á combatir las Lunas , estas regiones á tu cargo deja dándote á Otrej por dote de tu esposa , y de su afecto por constante prueba , ¿ temes acaso falte á su palabra ?

Fay. No es el Rey el objeto que me inquieta ,

otro ribal que le acompaña temo ; y de quien las astucias lisongeras todo mi honor y gloria me han robado.

Alv. Ignoro que ribal ser este pueda.

Fay. ¡ Oh secreto tirano y vergonzoso cuyo peso me oprime , y cuya fuerza rompiendo el corazon que le aprisiona con honor á la luz se manifiesta !

Alv. Pues decidme quien es vuestro enemigo ,

si á mi amistad quereis tener sin queja.

Fay. Pues que quieres saber el atrevido que esta pasion rabiosa en mi despierta ; el que á mi esposa infiel así pervierte , y el que mi llanto y mi dolor fomenta ; es Cuci.

Alv. Quién , Raul ?

Fay. El que has oído :

y este secreto que en tu pecho encierra mi constante amistad , si de él saliese ; tén por seguro que tu muerte es cierta ; ¡ temes de oirlo ! qué terror te asusta ?

Alv. No es la amenaza , solo es la sospecha ;

y solo temo ver que á un tiempo mismo

á mí , á tu esposa , y á tí propio ofendas.

Fay. Yo mas que tú maldigo mis recelos , mas de ser falsos dadme alguna prueba ; ¡ oh Gabriela cruel , que unir supiste á la de amarte , gloria tan suprema la odiosa precision de aborrecerte !

tú á quien acuso , y á quien mi fe venera ,

la que ultrajado admiro , y cuya gracia amante imploro , en medio de mi ofensa ,

pues que tanto te adoro . ¿ porque causa ,

no logré con tu mano tu fineza ? mas me aborreces , y esta verdad clara es de mi agravio triste consecuencia.

Alv. Y que vuestra ternura...

Fay. Es mi delito :

mi atencion y respeto la molestan ; mi presencia la irrita ó la entristece , y mis cariños su dolor fomentan.

Con nuestra union nacieron sus rencores :

su mano me entregó , pero violenta ; ó infeliz ! yo creí en aquel momento , que al amor insensible su alma tierna

al tálamo oponía el rubor bello tan agradable al que triunfar espera.

Mas tarde conocí que el amor solo era el que ocasionaba su tristeza : solo en su llanto hallaba algun alivio y sus tormentos sus delicias eran :

su dolor conduciéndola al sepulcro , de él la librarón sus memorias tiernas ;

à la muerte llamaba presurosa , solo por ver à nuestraunion disuelta , y de ella se asustaba , contemplando

que era forzoso que otra union rompiera :

ya proxima à su fin alegre estaba de pagar à mi amor alverse esenta , porque el suyo al morir quedando libre à emplearse en su amante otra vez vuelva.

Alv. ¿ Y es posible , Señor , que en vuestro daño

una aprehension consiga tanta fuerza ? vos mismo fabricais vuestras desdichas con ilusiones que el temor engendra.

Fay. No pienses que juzgándola culpable estén sin fundamento mis sospechas.

Yo amo , Alverico , y su dolor padezco ;

y aquellos ojos que el amor enseña à llorar y sufrir de iguales llantos , pronto conocen la ocasion funesta.

Sábelo todo pues : quando esta ingrata iba à perder la vida , con cautela

el indigno Monlac à Raul mismo se atrevió á introducir à su presencia.

Aquí la vió , cuando ella ya no veía , y en su pálida mano cuasi yerta , el ya postrero à Dios su infame boca

à sellar se atrevió con insolencia.

Alv. Pero quién os ha dicho...

Fay. El mismo Armance

les sorprendió; pero ya estaba fuera el vil traidor cuando llegué à saberlo.

Alv. Del amor de Raul aquesta prueba en nada hace culpable à vuestra esposa; la que quizás de su desmayo vuelta los excesos no supo de su amante: ¿pero han tenido alguna inteligencia despues de haber salido Raul de Francia?

Fay. No, y esto solo mis furoros templa: esta es la duda que aclarar me importa; pero qué digo! mi corazón condena acusar una fe tan respetable, solamente fundado en mis sospechas, despues que el Cielo à nuestro ruego atento

para alivio del pueblo la conserva: de madre universal de estos Vasallos ei dulce nombre à conseguir anhela. Su tierno corazon suaviza siempre de nuestras leyes la observacion recta, y en solo hacer mercedes desvelada de su continuo padecer se vengá.

Pero, ay de mí! que de su voz cansada el débil éco el corazon penetra; sus tristes ojos su altivez abaten, y sus pesares su hermosura aumentan con infinitas gracias y atractivos. Ah! sin Raul y cuan dichoso fuera! pero esta cruel duda que me acaba, en pocos días aclarar es fuerza:

Armance está en Dijon, que dará aviso si con la Corte mi contrario llega. Cerca del Rey mi obligacion me llama, y es forzoso mi esposa tambien venga. Allí se aclararán las negras sombras, con que se cubre esta pasion funesta; y Raul.

Alv. Oh! y cuánto à los dos temo; en fama iguales!

Fay. Nuestro fin espera, y antes quizás el de mi infiel esposa. A cada instante pasan mis sospechas de la rabia al respeto, y del cariño á los horrores que mi mal despierta. De una hora de furor penderá acaso mi destino infelíz; quizás en ella el verdugo seré de entrambas víctimas, ó seré el vengador de su inocencia.

En vano la virtud me dará voces; solo al arrepentirme escucharelas.

Alv. Y qué sereis capáz?

Fay. Todo lo he dicho, y si à tu zelo doy esta advertencia, no es con el fin de armarlo en mi venganza;

mi gloria solo vengará mi diestra, mas tú mis dudas aclararme debes; lo único es esto que Fayél espera: un amigo te pide, y manda un amo.

Alv. Aunque me pese, obedecer es fuerza:

mas vos vereis que pronto os desengaño.

Fayél anda: mira si ha vuelto lo Condesa. Alverico mirando hácia la puerta.

Alv. Señor, aquí está ya.

SCENA II.

Gabriela, Fayél, Isaura y Alverico.

Gab. á Isau. Sostenme Isaura; su vista sola el corazon me aterra. Oh Cielos! que opresion.

Fay. á Alv. Su rostro mira verás que pronto su color altera: ah! en sus ojos los míos hallan siempre la dulce calma que al instante mudan.

A Gabriela que se ha acercado.
¿Gustais, Señora, acaso en este día algunos frutos de la bondad vuestra? en mis vasallos hay menos infelices? vos sola sois quien rompe sus cadenas, y que su yugo haceis menos pesado. Yo os evito el dolor que mas os cuesta que es el ver padecer otros dolores. Podré yo en fin lograr que mis fuerzas...

Gab. Fayél, el hacer bien es ley forzosa; siendo felices nuestra dicha aumenta; y minora ó evita sus disgustos infelices: endulza nuestras penas; menos son nuestros males, consolando nuestros hermanos.

Fay. Pero cuales sean, decid, aquestos males? descais algo? teneis de mi cariño alguna queja? y grata la fortuna no os ofrece dignidades, poder, gustos, riquezas?

pues de qué os lamentais? ¿por qué estáis triste?

algun oculto bien os trae inquieta.

Ah! si amais un esposo que os adora, si nuestra union, como á él, os lisongea

despues de tal dulzura, al universo ningun bien que ofrece á entrambos queda:

mas vuestros ojos tristes y turbados en lágrimas me ofrecen la respuesta...

Gab. No teneis ya mi mano? ¿pues qué os falta?

Fay. Y qué sirve la mano si es violenta? es un presente odioso, y me avergüenzo

de mi dicha, si causa vuestra pena: pero vuestra tibieza...

Gab. Qué os espanta? en que falta ha incurrido mi obediencia? Dos años ha que á vos estoy unida; mi fe os estima, os ama y os respeta; mil veces me habeis visto ya tocando de mi sepulcro las horribles puertas: si en tan exhausto cuerpo se halla el alma

abatida, insensible y sin potencias,

es acaso, Señor, la culpa mia?

mi última hora miro ya muy cerca.

Vuestro excesivo amor que me enternece,

solo porque os aflige me atormenta;

y sufre mucho un corazon que tierno ve padecer á quien feliz desea.

¿Para qué al mio unis vuestro destino, cuando ya á separarse van por fuerza? pronto, Fayél, el rostro que amais tanto

en sus entrañas deshará la tierra.

Resistid valeroso un mal preciso,

que al fin la union destruye mas estrecha;

y quiera el Cielo que lo que mas adoro viva feliz despues que yo fenezca.

Si fuese así yo moriré tranquila.

Fay. Tranquila? mas creí que yo os debiera.

con amargura.

Quizá olvidais que aquí dejais á otro:

Gabriela admirada le mira, y él vuelve prontamente sobre sí.

un padre á quien amais, tan poco os cuesta?

mas ya conozco os es indiferente

solo por ser autor de la union nuestra:

no obstante en breve le vereis sin duda,

pues á este sitio con su dueño llega:

dos dias há que de Leon salieron,

y es forzoso que estén de aquí muy cerca.

Ambos me mandan que á Paris los siga, y que me acompañeis tambien ordenan.

Gab. Yo á Paris?

Fay. Si Señora, ya es forzoso

volver á hallaros en la pompa regia de la Corte, voy luego á disponerlo;

necesita mi rígida entereza

á vista del Monarca que me guie

de vuestro dulce genio la asistencia.

Quizás disiparán vuestros disgustos

de la Corte el tumulto y la grandeza, y aunque no hayais cumplido cuatro

lustros,

están bien conocidas vuestras prendas;

no obstante que la vuestra las eclipsa

siempre os estiman las demas bellezas,

y con las gracias de que estais dotada

volveteis á lograr la paz primera.

Gab. A dónde me llevais, Señor? yo tiemblo:

si aun me quereis, á vuestras plantas puesta

os pido por piedad me dejéis sola en este sitio.

Fay. Obedeced sin réplica

las órdenes de un padre y un Monarca;

bien sabeis ya que nunca mi fineza

supo mandar, habiendo sido amante

antes que esposo, y si de hacerlo hubiera,

fuera el amor quien solo lo mandára,

y este siempre suplica, nunca ordena.

SCENA III.

Gabriela y Isaura.

Gabriela arrojándose sobre una silla.

Gab. Isaura, yo fenezco: en qué he faltado?

Este golpe faltaba á mis miserias.

Isau. Obedeced á un padre y á un Monarca.

Gab. Siempre sus órdenes fueron mis tragedias:

¿que mi padre y mi Rey son mis verdugos? (mentan.

yo los adoro, aunque ambos me ator-
Arrastrad, ó crueles, vuestra víctima
de el Altar al sepulcro, y de la inmensa
desdicha en que me veo à los delitos:
el curso de mis males considera,
y en que abismos me miro sumergida;
discurre de mi padre la imprudencia;
y que nuevos tormentos me prepara;
el mismo à mis desdichas me condena:
dos corazones en la infancia unidos,
que de mi madre las delicias eran,
inhumano separa; y en mi daño
de un justo Rey la autoridad suprema
para hacerme infeliz, sorprende astuto;
pues no paran en esto sus cautelas.

Todo dispuesto en el mayor secreto,
de repente me intima la sentencia
de mi desgracia, y aunque ocultamente
el dogal que me ahoga, él mismo aprieta.
Ausente estabas cuando de mi mano
no fueron bodas, no: fueron exequias:
confusa y recelosa aun de mi suerte
à mi padre miraba toda trémula:
y el inhumano como alhaja suya
al conde de Fayél mi mano entrega.
De mi pronta obediencia asegurado,
nunca se persuadió que yo pudiera
en acto público desairar à un padre
à quien he obedecido siempre ciega:
mas ay! que cuando yo era mejor hija,
mi padre se olvidó que padre era.

Isau. No hay duda, de que siempre sus pasiones

à su razon logró mirar sujetas,
y vivió persuadido à que era fácil,
que los demas las suyas contuvieran.
Con este engaño, nunca aprobar supo
las que en vos el amor forjó violentas,
y creyó que à su voz dócil el alma
amar y aborrecer pronta debiera;
y esa razon de estado que hoy domina
sacrificada por su mano os deja

Gab. Mas hace aun... Amado Cuci mio,
puesto que à verte su poder me fuerza
al mismo tiempo que prohíbe amarte.
El Cielo es buen testigo que violencia
no me he hecho siempre, por vencer
ansiosa

esta fiera pasion que me avergüenza,
y querer solo à esposo que es tan digno,
mas no ayudaron mi intencion las fuer-
zas.

Pero siendo así, ¿cómo podré arrojar-
me?

esponerme otra vez à la presencia
de aquel que mis potencias arrebató?
cuya vista, dolores y tristeza
reclamará el derecho que en mi tiene,
ocupándome siempre con la idea
de su genio sublime, de su aliento,
y de su fiel amor que me hace rea.
Si te veo, Raul, ¿podré un instante
cerca de tí desconocer tus señas,
olvidarme de un héroe que ha sabido
suavizar de su siglo la aspereza,
y que empezó à mostrar desde la in-
fancia

los frutos que produce la experiencia?
La inclinacion à la virtud fué solo
quien formó nuestra union que así dis-
puesta

à solo mejorarnos anhelaba;
mi alma à la suya debía su entereza,
y él por mi protegía al infelice:
oh memoria culpable lo que cuestas!
no, al Cielo juro no volver à verle
aunque mi esposo, padre y Rey se
ofendan:

no, tiranos, no temo vuestras iras.

SCENA IV.

*Fayél, Gabriela, Isaura y Guardias.
Fayél à las Guardias.*

Fay. Haced que luego al punto se le
prenda
y conducidle aquí.

*Las Guardias se van, quedando dos en
el fondo.*

Gab. Y à quién es eso?

Fay. Al confidente de Cuci que intenta
introducirse en este sitio, ignoro
que motivo ó pretesto traerle pueda,
que embarazos le ocupan, que misterios.

Que, os asustais? os buscará à vos mes-
ma,

y de venir à veros vuestro amante,
acaso no será la vez primera.

Gab. Qué es lo que hablais?

Fay. Al fin ya me he enterado
y tus delitos manifiestos quedan.

SCENA V.

Los actores antecedentes, y Alverico.

Alv. Señor, nada temais; en este sitio de Monlac será corta la asistencia, à otra parte sus pasos encamina: no oculta sus designios, y las nuevas de haber muerto Raul, al triste padre la comision tan sola es quien la lleva.

Gab. Qué es lo que escucho?

Fay. con alegría. Qué Raul ha muerto?

Gab. Yo espiro, Isaura.

Cae en los brazos de Isaura.

Fay. Reparad mi afrenta escrita en su dolor; ella le quiere.... Ah perjura! mas ay! su muerte es cierta.

Si mi vida estimais, cuidad la suya.

Isaura y las Guardias conducen à Gabriela desmayada.

SCENA VI.

Fayél quiere seguir à Gabriela: pero se pára de repente, y vuelve hácia Alverico con alegría.

Fay. Con que en fin acabó ya su carrera mi Ribal... pero él era querido: à la fin podrá ser que yo lo sea: recibamos un rayo de esperanza.

Quiere volver à salir, y vuelve haciendo reflexion.

Mas, qué duda otra vez mi pecho altera? oh sospecha! oh temor! entre las listas à Alverico.

que de los muertos en aquesta guerra me remite Bergi, Raul no se nombra: si estará aun vivo? y si Monlac intenta con semejante ausencia asegurarme?

sí: el corazon me avisa y me amedrenta, me han engañado, y esta voz que corre es un ardid que fragan sus cautelas. Tiembla infeliz! sin tu atractivo ingrato los dos pareceremos, mis sospechas con lágrimas me avisan; yo conozco que en furor mi amor vuelto, horrible

Scena

puede hacer que se mire en este sitio, bien, aclarémonos, à su belleza

observaremos: yo su fin decretó, y es su vida lo mas que me interesa.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

Gabriela y Isaura.

Gab. Por tu cruel socorro, ay infelice!

otra vez en mi ser à verme vuelvo;

y en esto piensas tu amistad probarme?

mi elado corazon gozaba quieto

algun descanso, à mi sentido vuelta,

despiertas otra vez à mis tormentos.

¡Oh desmayo insensible y sosegado!

¡Oh del alma tranquilo y dulce sueño!

si es como tu la muerte ¿es tan terrible?

en fin Isaura, ya es cadáver yerto

aquel héroe adorado: honor y gloria,

juntas con él à un tiempo fenecieron

¡Oh pérdida de amor pronosticada

de la cual me advirtió piadoso el Cielo!

escucho esté prodigio: ya te acuerdas

cuando para librar del yugo fiero

del Musulman odioso, de Solima

los respetables muros, con denuedo

armó la Europa sus mayores Príncipes.

Filipo con Richard en Francia unieron

todos los heroes de París y Lóndres,

sus banderas amigos confundiendo;

y cuando ya su marcha disponian,

y que mi vida estaba sin alientos;

ya perdida la vista, en la del alma

aun estaba presente el dulce dueño.

Yo creí verle, no como otras veces

de honor, de triunfos y de glorias lleno,

sino pálido, triste, consumido;

temeroso mirándome de léjos:

y arrebatando mi insensible mano

la que animaba de su labio el fuego;

entre lágrimas, ayes y suspiros,

de aquestas voces escuché los ecos.

Ve aquí el último à Dios: ya hace dos

años,

querida Isaura, que le escucho creo:

su rostro miro, palpitar percibo

su tierno corazon, y aun correr siento

sus lágrimas que inundan à mi mano.

Tres meses hace: que terrible aspecto

que sin cesar Raul à affigir vienes

tu triste amante! mi corazon tierno

el momento me dijo de tu muerte.

Isau. Ay amiga infeliz, no ha sido sueño

esa apariencia que asustada os tiene: ese amante tan fino ha estado puesto à vuestros pies, al emprender su marcha

supo vuestro dolor, y su despecho le hizo esponer su vida en este sitio, por decir solo aquel à Dios postrero.

Gab. ; Con que vino!

Isau. A no haberle yo apartado sin soltar vuestra mano hubiera muerto.

Gab. Oh! última prueba de un amor tan firme,

la vida solo à su presencia debo, tú me la diste; y à tí te la quitaron tus lágrimas, dolor y sentimiento, y siendo yo quien moribunda viste, eres tú al fin el que faltó primero?

Isau. Pero Fayél....

Gab. Su regocijo has visto al oír esta nueva? su contento al ver su triunfo? ¿cual será su gloria de haber entre sus iras descubierto la verdadera causa de mi llanto? ay Raul infeliz! ay dolor fiero que me consume! que, será posible que haya de ver à mi tirano dueño, de tu muerte valido, echarme en cara las desdichas de que es el instrumento....

Pero que es esto; yo à Fayél ultrajo? acaso es delincuente? y en efecto su delito no es solo haberme amado? y me compete à mí que le aborrezco acusar à mi esposo, cuando justo el Cielo me castiga, y el objeto de mi indebido amor airado quita? pues no ha de ser, à sujetar probemos

esta fiera pasion; menos culpable procuremos morir; mas que entran sientos.

Monlac es el que viene; como loco....

SCENA II.

Gabriela, Isaura y Monlac.

Mon. Perded, Señora, aquesta vez el miedo, pues libremente puedo entrar á hablaros:

de la muerte de mi amo, satisfecho del todo está Fayél: no sé que dudas mi relacion primera desmintiendo inquieto y receloso le dejaron; mas despues de larguissimos rodeos, su tranquilo furor astutamente de todo el caso se informó severo: la verdad pura, junta con mi llanto, hizo que diera à mis palabras crédito, pero la triste comision ignora, que al espirar Raul confió à mi pecho.

Gab. Pues bien, lloremos ambos; pero acaso

ejecutarlo sin delito puedo? sí, lloremos à un héroe, à quien oprime

mi desgracia: à un héroe que ornamento fué de su siglo; y que vivió constante, feliz muy poco, grande mucho tiempo. Confésemelo todo, de su muerte yo sola fuí la causa, de su despecho à su valor alucinó sin duda, haciendo que espusiese sin acuerdo una vida tan bella y tan preciosa, mas que odiosa le haria su amor ciego.

Mon. No os negaré, Señora, que en la Siria,

en extraño furor su valor vuelto, los peligros buscaba, no el combate, no las victorias; pero sí los riesgos: pero la fama à quien sirvió constante, preparándole mi triunfo, ya en el término

de su gloriosa vida le quedaba una muerte que envidiarán perpetuos todos los corazones de la Francia. En aquellos asaltos tan violentos, contados por batallas que constaron rendir los muros de Tolemais soberbios; à la brecha arrojandose Filipo el primero de todos, se halló envuelto de innumerables fuertes enemigos. Raul seguia su imprudente esfuerzo; metidos en las filas, ambos rompen sus fuertes lanzas, cuando un Turco fiero tira al Rey desarmado un mortal golpe.

Raul que mira de Filipo el riesgo, con valor se interpone, en sí recibe la inevitable herida, y su leal pecho

se gloria al espirar de haber felices la victoria y su Rey à Francia vuelto.
Gab. Ay mi Raul, y cuan en todo digna de tu vida es tu muerte; yo venero y adoro tus cenizas, sí, es muy justo: mas dime tú: no pudo su amor tierno nombrarme al espirar, y me han privado

hasta de su infeliz postrer aliento?

Mon. En la noche cruel, en que vencido de su valor el mal, por algun tiempo logró sobrevivir à sus heridas, llorando por un Rey, que con afecto enjugaba su llanto, yo entretanto sus ojos vi nombraros en secreto.

En fin quedamos solos, y poseído todo de vuestro amor en él suspenso, de su fuerte pasion arrebatado, no oculta ya de su alma los misterios. Ay Señora! si viérades sus ansias, de sus últimos vales los tormentos! ahora parece que le estoy mirando: démosla, dijo: de un amor inmenso una prueba no vista, y levantándose con bastante fátiga, el monumento último de su amor, despacio traza; y à jurar obligándome primero aunque mi afecto y lealtad conoce; así me dice: en mi difunto cuerpo toma mi corazon, de qué te espantas? si es que le estimas, es acaso objeto que deba horrorizarte? esos temores desecha con valor, y de tu dueño el corazon, de su sepulcro libre por tí renazca, pues que solo empleo fué de una amante, y un constante amigo:

à la amistad ansioso se le entrego, paraque de ella en el amor descanse, tu fina ley me debe aqueste obsequio. Del honrado Ratél puedes valerte, si acaso temes de Payél los zelos; pero aqueste papel primero entrega.

Gab. Oh! y qué bien multiplica los tormentos

de vivir mas que él!

Mon. Esta es su carta.

Gab. El don que la acompaña es el que temo.

Lee. Yo muero, y de mi cuerpo desasida

mi alma, en amarte vivirá ocupada

» quedando de los muertos separada.
 » esta parte mortal à tí debida:
 » como siempre contigo vivió unida,
 » sin tí no quiere verte sepultada,
 » y en tu busca se va, Gabriela amada,
 » misera ofrenda de una fe perdida.
 » No te astutes al verla; del constante
 » del infeliz Raúl una memoria
 » es que acordarte de sus finezas pueda;
 » buela el alma, llevando siempre amante
 » tu hermosa imagen: el corazon, qué gloria!
 » es mas dichoso, y en tus manos queda.

No, no, tu alma unirse con la mia logrará pronto, y del obscuro centro de tu sepulcro, tu corazon fino solo à buscar el mio viene huyendo: la triste muerte que mi yugo rompe, nuestra feliz union forma de nuevo. **Monlac**, no puedo sin horror mirarte.

Mon. Señora...

Gab. Espera, y deja que primero à mi ventura mi valor prepare, para poder mirar tan triste objeto... Esto, pues, ha de ser: de horror muramos.

Se vuelve hácia Monlac.

Mon. No temais ya, Señora, este funesto,

y espantoso espectáculo, la suerte me libró de tan triste ministerio.

Gab. Oh Dios! si acaso...

Mon. Apenas esta carta me entrega, cuando de enemigos vemos nuestras tropas cercadas, y entre sangre, horror y llamas todo el campo envuelto.

El Saladino, Capitan bien hábil, quiso volver à recobrar soberbio los perdidos laureles, y las armas de los cautivos con astucia haciendo à sus tropas vestir, con este engaño nuestro campo deshace en un momento.

Raul envuelto en el cruel desastre, bajo mi herido ensangrentado cuerpo, fué muerto sin defensa, y cuando osado el valiente Ratel, vengando diestro

nuestro comun error, y el enemigo
 aumentado por él, ya casi muerto
 me arrancó de sus brazos inhumanos;
 conocer nuestros ojos no pudieron
 de mi Amo destrozado las reliquias.
 Entre aquellos montones tan horrendos
 de deshechos cadáveres, en vano
 á sus hermanos, hijos, compañeros
 buscaba cada cual: aquellos monstruos
 à su Suitan, glorioso del suceso
 de su empresa feliz, de nuestros gefes
 degollados llevaron por trofeo
 las miseras cabezas. Ved, Señora,
 por que raro camino mi secreto
 me ha hecho violar infiel destino.
 Por última desgracia, cuando dejo
 la Siria, una tormenta pavorosa
 à Candia me arroja, y en su puerto
 mas de un mes detenido, con trabajo
 antes que el Rey apenas llegar puedo:
 y ya su flota por el Rón entraba
 cuando de Génova al claro Sena llego.

Gab. No es bastante penar? hado tirano!
 quieres doblar su muerte y mi tormen-
 to?

no aflijas mas, Monlac, mi triste suer-
 te:

qué quieres que responda mi despecho
 à tus llantos? en males semejantes
 la resistencia falta y el esfuerzo.
 Un valor sordo embarga mis sentidos,
 tu notarás en mi último momento
 que esta carta apresura, adonde llega
 por tal amor mi reconocimiento.

Mon. Y yo qué he de esperar? perdí à
 mi amigo;

y demasiado supe obedecerlo:
 pues con vida quedé, la muerte os
 causo:

à su padre infeliz tambien la llevo;
 y hallarla yo tambien es solamente
 la única dicha que con ansia espero,
 Señora, à Dios.

SCENA III.

Gabriela y Isaura.

Gabriela echándose en los brazos de Isaura.

Gab. Isaura amiga...apártate.apartándola.
Isau. Permite que mi amor...

Gab. No mas, de nuevo
 vuelvo à pedirte que me dejes sola;
 aun la amistad me sirve de tormento.
 Mi corazon con sus desdichas quiere
 hallarse solo.

SCENA IV.

Gab. sola. En su dolor inmenso,
 que se anegue à su gusto; gozar triste
 de mi dolor es mi placer postrero,
 siendo legítimo no deja de ser dulce,
 lo amargo del delito en él no siento.
 Ya nada turbará con nuevas ansias
 mis inocentes penas, mis afectos
 y mis justos suspiros; es posible
 que permites su muerte, Dios Eterno,
 solo para hacer justas mis pasiones!
 ¡y no ha podido ser à menos precio
 el dejarle vivir en mi memoria!
 ay Raul mio! à tu postrer aliento,
 tu amante corazon me remitias;
 temblar me hiciste; mas la falta veo,
 que le hace à mi dolor: creyendo verte
 en él, pensando hablarte y à los écos
 de tu voz escuchar; el alma toda
 entregaria à un corazon tan tierno;
 y en breve de mis lazos desatada
 mi corazon dejando, firme asiento
 tomar podria en el tuyo, mas aun de
 este
 triste placer privarme quiere el Cielo:
 y ya de tí, ve aquí lo que me queda.

Mirando la carta.

Volvamos otra vez à leer de nuevo
 este papel de tu pasion garante.
 Que aqueste don precioso, de su dueño
 ocupe el lugar digno: yo recibo
 tu alma preciosa; en tu postrer momento,
 toda entera el amor en él la puso.

Vuelve à leer.

SCENA V.

Fayél y Gabriela.

Fayél apartando à Isaura.

Fay. En vano me detienes, sál: qué
 puedo yo pensar?



Gabriela deja de leer.

Ay de mí! mas detengamos
mi triste llanto, pues que borre temo
todo lo escrito.

Fay. acerc. Qué es lo que ella lee?

Gab. habiendo visto. Ay mi Dios!

Fayél quita la carta.

Ah! ingrata, entrega luego
ese infame papel: ya mis ofensas
y tus traiciones conocer es tiempo.

Pasa la vista por el papel.

La firma es de Cucí, y es tu sentencia:
de ella y de mi furor su muerte infero:
está vivo, y te escribe! vuestras an-
sias

por tan indignos disfrazados medios
conciertan las maldades! tiembla in-
grata, pues vas á perecer.

Gabriela con la mayor tranquilidad.

Leed y correos.

Fay. turb. Qué es esto! tan tranquila! si
es que acaso

mis aprensiones... Contra mi recelo
que mis iras se vuelvan.

Lee velozmente el papel.

El à Dios último

es de Raúl, en su postrer aliento.

Este don de su muerte...

Gabriela viendo su alegría.

Os es bien dulce.

Fay. Un vale semejante solo hacerlo
puede un amante que se ve adorado.

Gab. Si Señor, yo le amaba, lo confieso:
y creí que ocultároslo debía,

juzgando que à los dos sería funesto
aviso semejante. Aqueste héroe
pariente de mi Rey, de los excelsos.

Cúcis glorioso hijo, y de mi mano
en todo digno, desde mis mas tiernos
y pocos años quise siempre fina.

Mi corazon à todos sus derechos
se vió al fin à rendirse precisado;
y à no morir mi madre, nunca fiero,
à otro esposo, Vergí mi mano diera:

mas al Altar llevándome un decreto
riguroso y terrible; como esclava,

à viles intereses puesta en precio,
de mi padre sufrí el poder tirano,
y à penar me ofrecí con juramento.

De Raúl separada tristemente,
yo misma à no mas verle me condeno:

con su vida pagó su amor burlado.

Mostrando la carta que él tiene.

Mirad lo que me queda; y aun de aque-
to

teneis envidia! sin cesar dos años
combatí esta pasion, aqueste fuego
que no puedo apagar. La virtud misma
sin vos, aprobaria estos afectos;
por vuestra causa conocí tan solo
lo vergonzoso del remordimiento.

¿Pues cómo os atreveis à echarme en
cara

la justa inclinacion, por que padezco,
y que no ha sido en mi nunca delito?
Yo guardaros debía, y en efecto
mi fe os guarde; pero de mi dependen
del corazon los fuertes movimientos?
aun digo mas: en medio de las penas
que siempre paso, de el dolor que sien-
to,

me habeis visto quejar una vez sola?
de mi padre solo es de quien me quejo,
pues sin mi gusto os entregó mi mano.
El pierde al fin por su rigor violento
à su hija, à Raul, à vos, à él mismo
quizás tambien; pues si os negára cuer-
do

vuestra instancia; vos fuérades tan solo
el quejoso; mas hizo à un mismo tiem-
po

entregándome à vos, tres infelices:
oh! quiera Dios con solo este recuerdo
castigar à mi padre, y que yo sea
última víctima de tan duros yerros.

Fay. Qué he hecho? me abomino, à
vuestras plantas *Gab. lo impide.*

puesto estoy. Amor que con desprecio
es tratado, bien debe estar quejoso;
mas à qué cruel castigo me condenó!
pues siempre que ocasiono tus disgustos
duplicados martirios siente el pecho.

Violento, ardiente, extremo en mis pa-
siones

no puedo contener sus movimientos.

Y despues que el amor, sin poder nun-
ca

nuestras almas unir, de mis afectos
el fuego aviva; en vos unieamente
mi existencia infeliz conservar puedo.

Mi vida si me amárais, qué felice
y tranquila que fuera! fácil medio
es la virtud à un corazon dichoso.

Yo me persuado que piadoso el Cielo

de mi Ribál te priva solamente
para estrechar la union que formó el
mismo:

de tu pasion funesta el cebo quita,
y te deja sin lid el vencimiento:
tu yugo ya será mas leve y dulce;
cumple con tu deber, reina en el pecho
de tu esposo constante, tu alma tierna
y sublime le inspira; à tu gran mérito
debió Raul su principal grandeza:
haz que le iguale yo, pues solo anhelo
à ser digno como él de tu cariño.

De mi suerte y mi vida ya eres dueño,
de ambas responder debes à la patria.
De los famosos héroes el egemplo
he sabido seguir, si tú me ánimas
sin duda igualaré sus altos hechos.
Ya he logrado imitar tu piedad noble,
verás en ella que tambien te excedo.
A mis pobres vasallos desolados
quedarán mis tesoros siempre abiertos,
y me haré rico haciéndolos felices.

Con ternura.

Mas prométeme tú de que à lo ménos
por una sombra fria à mi cariño
no serás insensible, y que viviendo
ya para mí; à tu preciosa vida
dejará de afligir tu dolor fiero.

Gabriela mirando con dulzura.

Y contra tanto amor cómo es posible
que se defienda mi agradecimiento?
tan tiernas quejas hasta el alma llegan;
y vos que me pedis os dé el egemplo
de las virtudes, me dejais confusa
al ver las vuestras; quanto me aver-
güenzo

al mirarme ante vos; Señor, mandad-
me:

sacrificarme en todo por vos debo.

Oh Dios! qué es lo que digo? qué! es
posible

que he de poder borrar en un momento
un amor tan constante y tan antigüo!
à Señor, bien conozco que os ofendo;
pero cómo podriais persuadiros
fuese veraz tan pronto vencimiento.

De el tiempo esperad todo, de mis an-
sias,

de mi solicitud y vuestro mérito.

Corrida estoy de prometer tan poco,
mas mi sinceridad prueba este miedo.

Con firmeza.

No guardemos, Señor, cosa que pueda,
de tan fatal memoria por mas tiempo
mantener el peligro. Monlac mismo
os jurará que el don triste y funesto,
aunque precioso que esta carta dice
no ha podido entregarme. Lo que os
ruego

es que no vuelva yo à mirar su letra,
y nunca me nombreis al héroe excelso
à quien amaba. Claro reconozco
que no es digno de vos mi rendimien-
to,

y que acredita poco mi fineza,
à mi amante olvidar despues de muer-
to.

Con dolor.

Qué no pudiese hacerlo estando vivo!
mi vida es toda vuestra, y mis afec-
tos...

Fay. Mi alma se entrega à la mayor
dulzura.

Y qué! es posible que nacer ya veo
la Aurora de mi dicha, y que à tu
mano
ha de seguir el don que tanto anhelo!

SCENA VI.

Fayél, Gabriela y Alverico.

Alv. à Fay. Una estraña noticia ahora
he sabido.

Fayél con viveza mostrando à Gabriela.

Fay. No disimules; habla sin recelo.

Ya nada entre los dos debe ignorarse.

Alv. A Señor, si supierais...

Fay. ¿Qué misterio
es este pues?

Alv. A nadie ravelarlo
debo, sino es à vos.

Fay. De oirlo tiemblo.

Gab. aparte. De dónde me vendrá tal
sobresalto?

Fay. Perdonadle, Señora, su error ne-
cio:

cualquier secreto que à anunciarme
llegue,

à daros parte de él vendré al momento.

*Váse Gabriela mirando à entrambos
muy inquieto.*

SCENA VII.

Fayél y Alverico.

Alv. Armance de Dijon llega ahora mismo ;

Raúl vive , Señor : de conocerlo acaba Armance.

Fayél muy alterado.

Cielos ! qué ! esta carta...

Sus engaños conoce y sus enredos.

Da la carta á Alverico quien la lee.

Y yo à los pies me he echado de esta infame !

bien me anunció mi corazon primero sus horribles traiciones persuadido que cuanto me decia era supuesto.

Y no obstante lo grato de su historia siempre mi duda resistió el creerlo.

Cogiendo la carta enfurecido.

Pondérame ahora, pues, à su inocencia.

Alv. Señor , que estoy atónito confieso.

Raúl con el Rey viene : ya salian de Dijon : y Felipe vuestro obsequio parece que en Vergi recibir quiere :

Armance sin querer perder el tiempo en frívolos discursos , ignorando

las voces falsas que correr hicieron

de Monlac las astucias , informado

él mismo por sus ojos del objeto

que le encargasteis , para daros cuenta

su pronta vuelta acreditó su zelo.

Pero Raúl ! un héroe ! me parece

era forzoso averiguar primero...

Fay. El mismo à castigarle ahora me enseña ;

su infame carta es el instrumento que mis furores guia : de la ingrata

este agudo puñal traspase el pecho ,

y su infiel corazon aun palpitante

de su amante à los ojos mostrar quiero.

Alv. Señor...

Fay: Qué te estremece ? mas culpable es ella aun , no amigo ; este tremendo

horroroso espectáculo ella sola

Con una alegría falsa.

ha de ser quien le vea. Atravesemos

de Cuci el corazon , y este don triste

que fingia enviar , yo seré mesmo

quien se lo traiga : en medio de la Cor-

te ,

y aun à la vista misma de su dueño

enseñando esa carta he de matarle.

Alv. Señor , mirad.

Fay. Ya nada considero :

à entrambos de su sangre artar quisiera ,

y yo tambien saciarme despues de ellos.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Raúl de Cuci á un Oficial de Fayél.

Raúl. Ve , sirve à un incógnito que acaso su fortuna esta vez à tí encamina.

Retél à la Condesa me dirige :

con razon à los dos mi pecho estima.

Y à lo que vengo importa mucho à entrambos *Váse el Oficial.*

en fin : triste Raúl , en donde habita

tu fiel Gabriela , respirar ya puedes :

mis sentidos embarga la alegría.

Las paredes ve aquí , que monumentos fueron de nuestro amor y nuestras di-

chas ,

testigos fieles de una fe tan pura.

Con que dulces memorias me convidan ,

que hacen feliz à quien no debe serlo.

Ahora gimo , Gabriela : muy distinta

mi quietud era al verte en otro tiempo.

Nuestras almas allí por simpatía

aun antes de mirarnos se buscaban ,

y se encontraron à primera vista.

Allí mil veces de campaña vuelto

miré mis sienes de laurel ceñidas

por tus hermosas manos : otras veces

volviendo à riesgo de perder la vida ,

de vengar tus injurias , aquí mismo

tus lágrimas lavaron mis heridas.

Ya próxima à partirse tu alma bella ,

consiguieron mis voces impedirle

y detenerla , y para estar contigo ,

sobrevivir logrando à mis cenizas ,

mi corazon volvia presuroso.

¡ Ay infeliz Gabriela ! ¡ que en desdi-

chas

bajo un yugo tirano lentamente

la muerte te consume , y à la mia

estando tan cercano vivir logro !

no mueras por mi amor , vive y olvida

à tu amante Raúl : à qué esperanzas !

que no me quieras no , yo huiré tu vista ;

pero quiero lograrla un solo instante; ambos no es fácil que tengamos dicha, y te amo tanto que por darte alguna, quiero del todo renunciar las mías.

SCENA II.

Cuci y Monlac.

Monl. ap. ¿A qué fin me detienen y me observan?

¿quién es aquí el sugeto que encamina Retél à la Condesa? ¿quién la busca? sois vos acaso?

Acercándose á Raúl que está de espaldas.

Cuci conociéndole. Monlac! es fantasia!

¿tú en este sitio aun? pues qué has sabido

que vivo estaba?

Monl. como pasm. Sí: su voz es misma! su rostro es ese... ¡Oh piedad del Cielo! mi amo... Señor... El es: qué aun solícitas à la Francia servir? ¿pues que milagro

Se arroja en brazos de Cuci, que le recibe. segunda vez te vuelve à nuestra vista? el Cielo siempre à la virtud defiende.

Cuci. Oh amado amigo! el destino admira que nos vuelve à juntar: mas antes dime que motivos...

Monl. Ah! yo tiemblo, nuestra vida aquí está en gran peligro y el zeloso Fayél.

Cuci. Se halla en Vergi es cosa fija.

Por mí no temo ahora, por su esposa me asustan solo sus zelosas iras.

Solo por ella, aqueste humilde trage tomé, dejando todas las insignias de ilustre militar: por solo verla à disfrazarme así me abatiria.

El instante he escogido, en que llamado Fayél del Rey, de su lealtad rendida, va à asegurarle, para venir solo à cumplir una deuda tan precisa, la única que à mi amor mi honor permite.

¿Pero à tí qué te tiene en estos climas? ¿has estado ya en casa de mi padre? oh! ¡y cuanto me asusta y desanima considerar su pena! pues à caso saber mi muerte la suya causaria.

Monl. Señor, nada ha sabido de mi engaño.

Cuci transportado de gozo.

Cuci. ¿Esta vez sola conocí la dicha!

Monl. La inconstancia del Mar fué solamente

quien mi zelo atrasó; pero tu firma una hora habrá que en manos de Gabriela

con secreto dejé, y ya instruída de tus últimos vales...

Cuci. ¿Viste acaso

si algo se enterneció cuando leía?

Monl. Que espiraba pensé en aquel momento.

Cuci. Bien preveerlo debió mi atención fina.

¡Qué furor me cegó! ¡qué fuerte golpe con mi espresion su amor recibiria! corre à desengañarla, mi llegada cuéntala luego... Pero nada digas: quizás mas pronto abreviara su muerte, que no los sentimientos la alegría.

Esta dicha arriesgada con cordura procura manejar, y si se irrita su virtud, y recela mi presencia, mi puro afecto y mi inocencia pinta con el mayor cuidado: sin delito, ni aun esperanza dila que à su vista mi amor me trae, y en fin aunque tan grande

es el ardor que el corazon respira, soy muy digno del suyo para ingrato: procura seducir el que le anima.

Váse Monlac.

SCENA III.

Cuci solo.

Cuci. ¡Oh esperado momento, cual me asustas!

Dios! vesla aquí, no puedo prevenirla. Monlac; hácia esta bóveda ya viene, y à pasos lentos parece se encamina. Ya veo el bello rostro: con que gozo sus facciones distingo peregrinas. No: jamas su hermosura en sus verdores tanto brilló como ahora en las desdichas, que un sentimiento que. yo causo, imprime

en su belleza: el corazon destila un puro fuego: ciéganme las lágrimas: *Se retira bajo un pórtico obscuro.* pero habla: oigamos.

SCENA IV.

*Gabriela y Cuci.**Gabriela paseándose sin ver á Cuci.***Cuci.** De entre las sombras frias.

Raúl, tu corazon me sigue siempre,
y no me deja. Fayél sin que noticia
me diese alguna se partió... Este amigo
de Retél bien podrá quizá instruída
dejar-me: pero yo pensé aquí hallarle.
¡Oh qué dulce inquietud templada y mi-
tiga.

mi gran dolor! ¡oh tú que ya no escu-
chas!

así anunciaba el corazon tu vista.

*Cuci saliendo enteramente.***Cuci.** Ya esto es mucho: lleguemos: sin
recelo

bien puedo hacerlo, pues tan poseída
de su pasion de mí se está acordando.

Gab. Cielos! qué voz de aquesta galería
tenebrosa ha salido! Dios! qué miro!*Apartándose muy asustada.***Cuci.** Ella teme, y aun yo...**Gab.** Sombra querida,
que errante junto à mí siempre te veo,
no mi asustado pecho así persigas.**Cuci.** Advierte.**Gab.** A dónde huiré?**Cuci.** Que tus temores...*Gabriela apoyándose en una columna.***Gab.** Es sueño! y el corazon de quien tan
viva

tengo la imágen...

**Cuci echándose á sus pies, tomando su
mano.****Cuci.** Aun vive y te idolatra.*Gabriela con grande exclamacion.***Gab.** Qué! es posible, Raúl! aun tú res-
piras?

y vuelvo à verte? en fin ya no me ad-
miro,

si debiendo vivir contigo unida
perpetuamente, al escuchar tu muerte
no acabase tambien.

SCENA V.

*Gabriela, Cuci, Isaura y Monlac.***Gab.** fuera de sí de gozo. Isaura amigo.

y tú Monlac, ¿sabeis nuestra fortuna?

Monl. Sí Señora, y...**Gab.** Sí: notad mi dicha:

ve aquí mi vencedor: el honor puro
de la nobleza: de la Francia altiva
el ídolo.

Cuci. ¿Y aquel que tanto ha hecho
por el amor, merece en este día
alguna recompensa? aquella amante
que tan tierna otra vez...**Gab. con viveza.** Aquella misma
con tu alma vive, solo tu ser tiene:
contigo à nacer vuelve en las delicias
de este día dichoso: de mis ojos
ya agotados arranca la alegría
lágrimas dulces, que hace tanto tiempo
que ignoramos los dos. Mi alma destila
tanta dulzura, que se anega en ella
el corazon, que ya seco tenían
mis continuas tristezas: de él no dudes
nadie te arrancará: mas bien lo afirma
el tiempo que debiera deshacerlo.

Por esto han conservado mis desdichas
las tiernas impresiones que amor solo
graba en los corazones, à quien priva
de esperanza total; tu triste falta;
tu inesperada vuelta; la inoída
fineza con que tu ánimo constante
mas allá del sepulcro pretendía
acreditar su amor; tanto à mis ojos
realza tu valor que confundida
no sé que hacerme, y por pagar tu
afecto

se pasa mi pasion à idolatría.

Volviendo sobre sí como indignada.

Qué digo? ay infeliz! y vos ingrato,
que sabeis como vivo sometida
de un esposo à las leyes, si no os queda
como lo creo, detestables miras
contra mi fama; ¿porque tan sin reparo
venís à presentaros à mi vista?
queréis con mis tormentos complaceros,
con la seguridad que mis heridas
vuelvan à verter sangre en tu presen-
cia?

Cuci. ¿Yo habia de tener la tiranía
de complacerme en vuestras desventuras
abusando de vuestra virtud misma?
oh Dios! Gabriela ya me desconoce.
De Fayél ha aprendido la injusticia:
pues no: mi pecho ès siempre el san-
tuario

donde solo por tí constante habita
un fuego puro que como el objeto
que lo inspiró, à lo sublime aspira.
Nació con mi virtud como ella es firme,

y en lo inmortal tambien al alma imita.
Y así sabed que vengo solamente
à hacer un sacrificio à vuestra vista
de todos mis deseos... Mas al veros
todas mis intenciones se me olvidan.
Mas que nunca conozco por mis venas
correr el fuego que el amor irrita.
Cerca estoy del objeto que me amaba,
y ya sin esperanza de él me priva
mi terrible destino: ¡qué tormento!
à un yugo ingrato os miro sumergida.
En el dia infeliz de este himeneo
debieron fenecer mis tristes dias.

con furor.

¡Porque no fui como otros infelices
sepultado en los muros de Solima!
Ellos ansiosos por vivir murieron,
y yo que la aborrezco tengo vida.

Gab. Moderad pues, cruel! ese despecho,
y por piedad siquiera, réprimidas
contened vuestras lágrimas: decidme:
¿qué motivo à este sitio os encamina,
y quién pudo libraros de la muerte?

Cuci. Vos Señora, vos sola; y esta vida
à las tiernas virtudes se la debo,
que me enseñó el amor: en aquel dia,
que el altivo Richard, de un fanatismo
errado, y ciego su saña poseída,
sus míseros cautivos degollaba,
acordándome yo de la doctrina
que me enseñasteis los del Rey liberto,
alegando en su abono la benigna
constante y pura ley que tener sabe
la humildad y religion unidas:
mi clemencia su premio inesperado
presto encontré; porque despues per-
dida

mi libertad, entre los sarracenos
mi aspecto solo desarmó sus iras.
Al Sultan conducido por su órden,
vi emplear al socorro de mi vida
aquel arte precioso que olvidado
por nosotros el Arabe cultiva.

Con viveza.

Por su cuidado ya restablecido,
pensé que aquella tierna despedida
de mi fatal papel, un tiempo junta

con la voz de mi muerte que hizo digna
de vuestro llanto, al gusto de miraros:
particular dulzura añadiría.

Esta esperanza fue mas que las plantas
quien à mi mal sirvió de medicina:
finalmente el Sultán sabio y piadoso
al Rey que me lloraba humano envia:
tantos derechos la piedad consigue:
pues, sin que Imperio oculto nos dis-
tinga

al bienhechor del hombre, cualquier
hombre

tierno respeto, y cariñoso estima.

Gabriela reflexionando con dolor.

Gab. Qué! ¡en Raúl mi Rey mira su es-
cudo!

¡el Asia en él su bienhechor publica!
¡su nombre es el primero en las victo-
rias!

¿y cuando todo el Mundo solemniza
tus virtudes, yo sola à no adorarte
condenada he de estar? ¡oh suerte im-
pia?

¿yo que logré quererte la primera?

Cuci. Tu corazon me toca, aunque lo im-
pida

la tierra toda: ¿pende de nosotros
apagar una llama que ya ardia
sin que la conocieramos? si es ella
quien à nuestra existencia vivifica,
mientras durare el alma, no es posible
que esta pasion del alma se divida.

Gab. Oh Dios! ¡qué error así nos turba
el juicio!

pronto la pena encontraremos digna:
huyendo triunfaré, de tí me aparto;
nunca volvais à verme, obedecida
quiero ser prontamente.

Cuci. Deteneos
un instante siquiera, y yo consiga
me permitais, el que de aquí adelante
cuidareis mas vuestra preciosa vida.

Gab. De prolongar mi culpa y mis erro-
res,

¡qué funestos cuidados tomaría!
mas culpable seré à cada momento.

Cuci. Vos! ante quién?

Gabriela con viveza.

Ante el que solo aspira
por hacerme dichosa, à dar su sangre
ante un esposo, à quien sin tí querria,
y de quien la bondad y la ternura

en suplicios convierte mi injusticia.
¿sabes como à este esposo en este instante

olvidar à tu amor prometí fina?

Cuci. Qué! ¿ha entendido Fayél nuestros afectos?

Gab. Tu carta está en sus manos.

Cuci. Llegaría
à tal crueldad...

Gab. No tengas zelos,
en mi pecho podrás ver esculpidas
de tu fino papel todas las letras:
¡mas otra vez tan dulces fantasias
vuelven à arrebatarme! vete luego,
escusa à mi virtud la afrenta indigna
de defenderse: vive por la gloria,
ya que tan fino por amor morias.

Cuci con abatimiento.

Cuci. ¡Y qué importa la gloria à el que
en tí sola

para siempre perdió toda su dicha!

Gab. Tu Rey à quien adoras....

Cuci. Nos separa.

Gabriela con viveza.

Sin saber nuestros males los mitiga;
tu reinas en su Corte, sus favores...

Cuci. Nada sin tí mi desventura alivia.

La Corte, el Mundo es para mí un desierto.

Gab. Tú dame egemplo de valor debias.

Cuci siempre abatido.

Cuci. Ya perdido lo mas, piérdase todo.

Gabriela siempre con viveza.

Gab. Tú à lo menos podrás en tus desdichas

exalar el dolor; y à mí en secreto
el corazon deborarán las mias.

Llora lejos de mí, nada te estorba,
y déjame à mí sola la delicia

de ser quien mas la compasion merezca.
Partid, pues, antes que Fayél lo impida

que de Vergí podrá volver muy pronto.
Desengañada su intencion maligna

de la voz que ha corrido de tu muerte,
en descubrir tus pasos su ojeriza

ocupada estará: quizás ya sabe
de que llegado aquí...

Cuci. De quien temia
ser yo visto era Armance, mas seguro
estoy que no me vió.

Gab. ¿Pues quién motiva
este rumor? mirad los dos que es esto.

Vánse Isaurà y Monlac.

Ah! si llegase, ¿y cómo de sus iras
os pudierais librar?

Isau. volv. á salir. Fayél ha vuelto.

Gab. Huid ya siempre de mi vista.

Cuci. Yo huir?

Gab. ¿Pues quieres arriesgar acaso,
à un mismo tiempo que mi honor mi
vida?

Cuci. Ya me voy, atento à tu honor solo:
el mio sin dudar se sacrifica.

Y Monlac?

Isau. A Fayél detiene astuto.

Váse Cuci por un lado.

Gab. Ocultemos mi afrenta y mi agonía.

SCENA VI.

Fayél, Alverico y Guardias.

*Fayél entrando por el fondo del Teatro
con la espada desnuda, y viendo
salir á Gabriela.*

Fay. Sola está y huye! ah! Monlac infame,

atrevido à oponérseme la vida
de su Dueño salvo! pero à lo menos
el temerario feneció à mis iras.

Alv. Acia aquí mal herido se dirige.

Monlac herido y hablando con trabajo.

Monl. Señor, si con mi muerte se mitiga
vuestro enojo... Raúl es virtuoso...

Inocente tambien tu esposa digna....

Yo muero.

Cae.

Fay. Ah impostor! de mi presencia llev.
que lo quiten al punto. Aquesta antigüa

galeria cerrad; cercado todo;

traed luego su cómplice à mi vista:

que ante esta infame en el instante
muera;

hazla venir aquí.

á Alverico.

Alv. Señor, podría
este furor violento...

Fay. Reportarme

procuraré, guardemos la cuchilla.

Envaina la espada.

Ya à mis ojos borraron tus delitos

todas tus gracias: esas fementidas,

pérfidas lágrimas han endurecido

el corazon y las entrañas mias.

Ya no habrá para tí piedad ni gracia,

mayor será mi furia que tu iniqua detestable conducta, y aumentando los males de Raúl con tus desdichas, por prolongar tu muerte, de la suya dilataré la hora; mi ojeriza de su infiel corazón sabrá arrancarte, haciendo muertas con el que le anima. Y en arroyos de sangre derramada apagaré mi amor y mi ignominia.

Se apoya á una columna.

Alc. ¿ Pero estais bien impuesto en este asunto ?

¿ y sabeis porque causa así publican la muerte de Cuci ?

Fay. con furia. Todo lo ignoro, y solo sé que entre la comitiva no viéndole del Rey á mi llegada, me informaron dispuso su partida con bastante misterio; yo creyendo que solamente así lo dirigia con el fin de ofenderme, sin pararme en mas informaciones, repentina por solo sorprenderlos, di la vuelta.

En sus dos corazones la mentira agotó sus engaños y traiciones.

De falsos ruegos esta infiel valida sola y sin mí quedarse procuraba,

siendo la repugnancia que fingia en seguirme á la Corte, manejada á encubrir de su amante la venida,

este vil confidente (que ya ha sido con justa causa mi primera víctima)

á su Dueño con arte se adelanta;

y encubre su llegada la noticia

supuesta de su muerte aquella carta para engañar mejor, con arte escrita:

me dejan sorprender, y la perjuración finge una confesion, en donde brilla el honor mas sublime, siendo solo á recibir su amante dirigida...

Pero no vienen: se escapó sin duda.

Alc. Bien conozco, Señor, fuera osadía quererlos disculpar: haberse visto

bastantemente su pasión indica:

¿ Mas para que esta carta, estos rodeos ?

¿ forzoso es que esta trama tan tejida con tanta maña encubra estos proyectos.

Fay. ¿ Pues no conoces donde todo estri-
va ?

Monlac de su furor arrebatado mi muerte procuraba, y con la misma

vil intencion su dueño se me oculta.

pase.

Y la ingrata... Quizás tambien querria en mi sangre lavarse: muchas veces de una muger infiel esta es la mira. Cansada acaso de esperar mi muerte, la abreviará para lograr sus dichas; y siguiendo los vicios será fácil que al adulterio el parricidio siga.

Sí; de tu amor mi muerte es el objeto; sino puedo quererte, ya mi vida de qué me sirve? pero mi venganza sangre desea: traigase á mi vista esa pérfida luego, yo lo mando:

A Alverico y váse.

bastante aliento tengo todavía para hacer un esfuerzo: mas terrible será mi rabia siendo mas tranquila. De Gabriela imitemos las astucias; con gran serenidad las mas iniquas acciones arrostromos, y dejándola algun tiempo gozar de su alegría, para hacer mas terrible su suplicio fingamos ignorar su trama indigna.

Alc. volviendo. Aquí está ya.

Fayél echando mano al puñal y deteniéndose á Alverico.

Fay. Oh Dios! tened mi brazo.

Vé, corre pronto, y al instante avisa si su amante está preso; aquí te espero.

Vosotros en la bóveda vecina á las guardias,

os esperad.

SCENA VII.

Fayél y Gabriela.

Fay. Señora, á vuestros ojos

otra vez me conducen mis caricias.

Prontos á separarnos, segun pienso

por largo tiempo; mi amistad queria

confiaros asuntos importantes,

que mi pecho en el vuestro deposita.

Vos hui de la Corte, no me opongo:

yo solo seguiré hasta las orillas

del Sena á mi Monarca. Si este sitio

tiene para con vos tantas delicias,

de él no saldreis, ya estais por mí es-
cusada

ante Filippo: tengo conocidas

vuestras razones: el volver á veros

con vuestro amante, con razon temia vuestra virtud, y ahora mas que nunca temer debierais su arriesgada vista. Porque no dudo estais bien informada de como desmintiendo las noticias que hubo aquí de su muerte, Raúl vive y vuelve vencedor: ved si en el dia en que el amor de entrambos he sentido, no aprobaré la sabia y advertida circunspeccion que así los riesgos huye.

Con ironía.

Ya mis sospechas quedan desmentidas, y sé cuanto de vos puedo fiarme.

Que impedireis discurro la atrevida presencia de Raúl en esta ausencia: y si á entrar se atreviese su osadía, le entregareis vos misma á quien me vengue.

Con amenaza.

Gab. Señor, si sin llegar á mi noticia tuviese aliento de venir á verme, desterrándole luego de mi vista á no verle jamas, y dándoos parte, vuestro amor me persuado ablandaria.

Fay. alte. Nadie de mi furor le libertaría.

Aparte.

¡Qué es lo que digo yo!

Gab. ap. Conmigo misma tengamos cuenta, no quizás me pierda.

Fayél mas tranquilo.

Fay. ¿Este criado incógnito le envia acaso vuestro amante?

Gab. asustada. Raúl! creyerais?

Fayél con ironía.

Fay. Aquesta turbacion me tranquiliza y me asegura: ¿mas por qué de nuevo os inquietais? qué objeto lo motiva?

Gabriela mas serena.

Gab. Nada me asusta; sin misterio alguno he visto ese criado; la noticia le dió Monlac de haber su dueño vuelto.

Fay. Monlac? discurro estais mal instruida;

pues yo sé que le espera en otra parte quizás por poco tiempo. ¿Mas debia de Retél el amigo así ocultarse?

Gab. Ya partió?

Fay. Yo lo dudo: orden precisa dí de buscarle: porque siendo amigo de Raúl, que supiese convendria la suerte que le espera, si es que acaso engañarme intentase su malicia.

Aparte con alegría, viendo entrar las Guardias.

Ya viene, ruido escucho: y bien?

A Alverico.

SCENA VIII.

Gabriela, Fayél, Alverico y Guardias.

Alverico bajo á Fayél.

Alv. Se le busca en Palacio, y se imagina

que á esta hora en Dijon... *alto á Gab. Fay. bajo.* Allá voy luego,

forzoso es que mientras yo no asista en Autrey, contra el Duque su defensa asegure prudente: mi partida voy luego á disponer; pero muy breve podré volver quizás á vuestra vista.

Da un paso y se pára.

Al verla á mi pesar mi amor se inflama, mas mi victoria adoro al ir á herirla.

Váse con las Guardias y Alverico.

SCENA IX.

Gabriela y Isaura.

Gab. Tan abatida estoy que ya no siento.

Qué furores serán los que le agitan? si sabrá que Raúl... Ah! vén, Isaura, advierte mi temor, mi susto mira. Sí; de Fayél penetó el sobresalto, de Raúl ha sabido la venida. Viste á Monlac cuando salió de hablarle?

¿y el asunto se ignora todavia de su conversacion?

Isaura asustada. Señora, á todos un oculto pavor atemoriza.

En todos los semblantes consternados claramente se ven vuestras desdichas. Todo en Palacio se confunde y turba, ninguno á mis preguntas da salida. Huyen temblando cuando á Monlac nombro:

á un soldado advertí de mi encubria un brazo ensangrentado.

Gab. exclam. Aquesto es hecho: del desastre cruel la seña iniqua está ya dada, y Monlac ha sido

del horrible rencor primera víctima.
¿ Cuál , infeliz Raúl , será tu suerte ?
vén , á lo menos logre yo la dicha
de la primera : y luego finalmente
la rabia de Fayél así consiga
que estos dos corazones que separa
logren unirse al acabar la vida.

ACTO CUARTO.

SCENA I.

Gabriela y Isaura.

Gab. En vano , Isaura , asegurarme in-
tentas ;
yo he perdido del todo la esperanza.
Junto á estos muros esta Guardia puesta
que Fayél al partir dejó doblada ,
me anuncia que Raúl no habrá salido :
y mientras aquí esté me sobresalta
y asusta todo.

Isau. Cuando aquí estuviera
qué importa si Fayél no sabe nada ?
y á saberlo ¿ pensais que partiria
sin que primero averiguar lograra
su sospecha ? no hay duda , vuestro es-
poso
ácia la Corte con Filipo marcha :
justamente podeis con su partida
disipar vuestro susto , confiada
podeis quedar , pues bien habeis notado
que su serenidad no perturbaba
la inquietud de los zelos.

Gab. Aquel pecho
en donde reina esa pasion bastarda
muy pronto al fingimiento se acostum-
bra.

Isau. Siempre sus intenciones declaradas
las inquietudes de Fayél dejaron ,
mas esta vez no declaró su cara
de esta pasion rabiosa alguna seña.

Gab. Es muy antigua esa funesta llaga
para poder tan presto así mudarse.
Esa fingida y sospechosa calma
es la que aumenta mis temores justos.
Quizás que por estar tan ocupada
en observarme bien mis inquietudes
juzgan mal de las tuyas. Otra causa
de asegurarme tengo en la tranquila
y serena sesion que Monlac trata.
La relacion de Armance y Alverico

tambien minora mi desconfianza.
Mas mientras de Cuci el destino igno-
re ,
no ha de salir de su opresion el alma.
Vé y mira...

Isau. Yo quisiera que un instante
por la postrera vez veros lograra ,
y á conocer le dieseis , si á este sitio
le condujesen otra vez sus ansias ,
cuanto el amor y honor ofenderian :
que de una eterna ausencia la tirana
y dura precision padecer debe
un amante y un héroe que idolatra
vuestro sosiego : el que desesperado
está ya , solo escucha una palabra ;
y la sentencia que á morir le obliga
solo debe su amante pronunciarla.

Gab. No : de mi boca no llegará á oír :
de su presencia librame arriesgada.
Cuánto hoy me asusta su terrible es-
panto !
oh ! ; con qué fuerza vuelve á arder la
llama

que me consume ! ya no es la suave
y tranquila pasion que alimentaba
mi tierno pecho : á fuerza de oprimirla
y contenerla , ya tan irritada
se manifiesta que lo vence todo ,
y el corazon no basta á sujetarla.
Este fuego es quien solo me mantiene ;
si yo á Raúl el olvidar lograra ,
moriria logrando mi victoria.
Mi delito detesto y á él me arrastra
mi funesto destino.

Isau. Mas , Señora ,
voled en vos , dejad esas estrañas
odiosas aprehensiones...

Gab. Quien pudiera
con digno llanto conseguir , Isaura ,
borrar estos suspiros vergonzosos.
Ah ! por piedad , amiga , échame en cara
mi detestable culpa : por curarme
mi vergüenza , delito y dolor agría .
Dime que tu amistad tengo perdida :
de un ciego error á veces desengañan
los continuos sonrojos : vé , y si acaso
Raúl aun se mantiene en esta estancia ,
à ese infiel corazon intima luego
la terrible , cruel sentencia infausta
de un eterno destierro : pero , amigo ,
procura suavizar con tus palabras
sus terribles tormentos ; que reciban

algun consuelo sus amantes ansias,
pues á matarle vás; dí que mas penas
solo las ocasionan sus desgracias:
dile que yo su ausencia he decretado...
Y á quien le cuesta sus mas tiernas lá-
grimas.

¡Qué comision te doy! la amistad sola
la ternura y valor sabe unir sábia.
Pero vele aquí: huyamos.

SCENA II.

Gabriela, Cuci y Isaura.

Cuci saliendo por donde entró el acto anterior, y deteniendo á Gabriela.

Cuci. Deteneos:
y escuchadme, cruel. Avergonzada
se mira mi obediencia de haber huido
del terrible peligro que amenaza
á Monlac y á vos misma: solo intento
tener con ambos parte en la desgracia.
Gab. Ese riesgo cesó; pero os destierra
el honor riguroso; á su jornada
Fayél partió tranquilo: con discursos
artificiosos tuvo Monlac maña
de alucinarle para disuadirle:
ya se ausentó de aquí: sino me engañan
segun lo que me han dicho, me persua-
do

que cerca de estos muros os aguarda:
idos, pues conocéis todos los pasos.

Cuci. Si ningun riesgo aquí nos embaraza,
logre un instante tan siquiera hablaros.

Gab. No!...

Cuci. La misma virtud así lo manda.

Gab. Que os huya solo quiere.

Cuci. deteni. De no hacerlo
me mirareis morir á vuestras plantas.

Gab. impetuoso. ¡Así osais detenerme!

Cuci. Sí, me atrevo.

Gab. Temerario, ve aquí la única causa
que te ha traído: de mi amor funesto
solo hablar quieres: oprimirme trazas
con mis pesares: ¡mas en mi delito
cebarme intentas! tus culpables ansias
te hacen menos temible á mis virtudes.
Raúl ya de mi amor y mi constancia
pretende hacerse indigno! aborrecerle
será preciso y mi mayor desgracia.

Cuci deteniéndola siempre.

Cuci. Ingrata, de formar avergonzaos
una indigna sospecha que me agravia,
el honor es quien solo á hablar me
obliga.

Gabriela le escucha.

Poco há que enternecidas nuestras al-
mas

al mirar vuestras penas su entereza
vieron titubear: vuestra esperanza,
vuestro solo deseo fue la muerte:
yo quiero que de triunfos coronada
asegureis vuestra preciosa vida.
Yo causaba sus males, yo turbaba
su inquietud toda: pague yo la pena.
A este amante infeliz que os idolatra
olvidad para siempre. Oh Cielos! ¡có-
mo

Raúl pronuncia tan desesperada
y terrible sentencia! sí: mi afecto
de vos una accion pide, que imitarla
me será á mi imposible. En tal momento
á nuestros corazones solo falta
que mutuamente tiernos se socorran.
Mi suerte sea feliz ó sea infausta
en todo ha de arreglarse por la vuestra:
y mi vida ó mi muerte decretadas
serán por vuestro ejemplo.

Gabriela con dulzura.

Gab. Bien, Raúl mio,
hagamos que la union de nuestras al-
mas

la virtud siga que engendrarla supo.
Las pasiones ardientes y elevadas,
solo nacen en grandes corazones;
quien las conoce sabe sujetarlas.
No es el valor una tibieza estoica;
es una ardiente y encendida llama
que á lo heroico aspira: bien conozco
ser intento imposible que apagada
esta pasion se vea; pero el triunfo
conseguiremos con purificarla.
Considera, pues, cuanto en los princi-
pios

nuestros amantes pechos inflamaba
de virtud solo el nombre; como de
ambos

la recíproca union era la causa
de seguir el honor: que el amor mismo

ha servido de norte á nuestras almas, que á lo glorioso siempre han aspirado. De despertar con tu discurso acabas este zelo en mi pecho, y en el tuyo el mismo efecto mis razones causan. Procuremos en nuestros desvarios á ninguna flaqueza dar entrada. Este dichoso instante aprovechemos; prometamos vivir, dando palabra de eternamente no volver á vernos. Mientras yo de la Corte retirada en tranquilas virtudes me ejercito; en teatro mas público levanta á las tuyas honrosos monumentos. Sirve siempre de oráculo á la Francia: de humanidad, de ejemplo á los mortales:

ilustra al mundo y á la patria ensalza. Amigo de tu Rey marcha á su lado, y sírvele de escudo en las batallas. Ofreceme en obsequio todo el mérito que adquirieren gloriosas tus hazañas: cuando el amor mi imagen te presente, creyéndome testigo de aumentarías tendrás mayor cuidado; y de este modo toda sombra de culpa disipada, logrará nuestro afecto un sér sublime, y al pesar del deber de la desgracia y el himeneo para siempre cuerdos, conservaremos nuestro amor sin mancha

Cuci. Dónde estoy? Cielos! qué encanto lisonjero

así hechiza, suspende y arrebatada potencias y sentidos! ; cuántos gustos y cuantas penas en sí siente el alma á un mismo tiempo! ; quién me habia escogido!

qué amante pierdo! ; su virtud me encanta

aunque ocasiona toda mi amargura! ; qué tierna y dulcemente nos arrastra la hermosura tras sí ; cómo domina! ; un débil corazón que pocas armas para resistir tiene! aquesto es hecho: dar cuenta debo al mundo y á la patria de los tesoros que con mano pródiga me habeis, Señora, enriquecido el alma.

Hechura vuestra soy, cuanto egecute todo procederá de vuestra causa. Seguro que seré querido siempre

por complaceros fuerza es que renazca. Cuidaré de mi vida, solamente por agradaros, por sacrificarla por mi patria y mi Rey, por tantos tristes

á quienes la fortuna desampara: (y con todo no son tan infelices como nosotros) quiero que la fama á pesar de los héroes que lo envidien diga porque redunde en tu alabanza: „ Raúl de su Gabriela para siempre „ cruelmente privado tuvo tanta „ fuerza para vencerse que obediente „ pudo vivir, y consiguió imitarla.

Gab. Ya á Raúl reconozco: este glorioso vencedor mio nunca conquistara mi corazón á merecerlo menos. De ejercitar es tiempo mi constancia y el zelo tuyo. Aliento... Separémonos.

Cuasi enmudecida. Cuci entremetiéndose.

Cuci. La resistencia y el valor me faltan. *Gab. mir. con firm.* No, Señor.

Cuci. Perdonad: al dividirse con mayor fuerza, parece que se enlazan nuestros dos corazones. Triste triunfo de horrores lleno, aunque tambien de gracias.

Gabriela apartándose un poco.

Gab. ¿ Y á mí me cuesta menos? procuramos si puede ser el ocultar mis lágrimas.

Cuci siguiéndola.

Cuci. Hasta mi corazón corren las mias.

Gabriela parándose.

Gab. Para siempre, Raúl, de tí se aparta tu Gabriela infeliz: á Dios te queda.

Apartándose mas.

Raúl. A Dios.

Gab. Encubre su salida Isaura.

Váse con Raúl.

SCENA III.

Gabriela.

Gab. Tu ley severa, oh Cielo! satisfecha debe de estar: en la cruel batalla de que salimos hemos empleado todo el valor y toda la constancia que á nuestro fragil sér se le permite. A tu socorro se abandona el alma.

Tu bondad premia las virtudes todas.
De este héroe cuida, de su desgracia-
da

pero preciosa vida: qué á perderla
le habrán traído sus amantes ansias!
mas qué triste rumor es el que escucho?
Va creciendo, se acerca, suenan ar-
mas.

A Isaura que sale.

Díme y Raúl?

Isau. Señora, está perdido.

Gab. ; Qué es lo que miro!

SCENA IV.

Fayél, Cuci, Gabriela, Alverico y Guardia.
Fayél persiguiendo á Cuci que se
defiende de él y de sus Guardias.

Fay. Suelta aquesta espada.

Cuci. No me has vencido aun: toda esa
gente

me importa poco: nada me acobarda.

Cúesele la espada, y la coge Alverico.

Fay. Alverico, haced que le encadenen.

Todo estaba previsto, y es ya vana

A Cuci.

tu resistencia. Abranse esas puertas:

A la Guardia.

malvados viles, ved de vuestra infamia

al cómplice ya muerto por mis manos.

Vese á Monlac muerto en la galería.

Gab. Cielos!

Cuci. Monlac asesinado!

Gab. á *Isau.* ; Qué tú no me creyeres!

Cuci. acercándose á *Monlac.*

Cuci. ; Quién pensara
semejante maldad! oh monstruo! goza
de tu indigna victoria.

Fayél tranquil. Ya empezada,
de vuestro cruel suplicio veis la prueba:
traidor, del mismo modo procurabas
encubrir tu perfidia que aquel día,
en que astuto partiéndote ácia el Asia
tu vil amor aquí á ultrajarme vino;
tu mismo apresuraste mi venganza.

Bien conocí, no hallándote á mi vuel-
ta,

que ocultándote solo procurabas

venir aquí sabiendo mi partida.

Mas yo que los engaños despreciaba,
precisado á fingir tambien me he visto.

Ya caíste en el lazo que me armabas,
y que vuestros delitos engañosos
pusieron á mi vida y á mi fama.
Cogiendo á Cuci y llevándole ácia Ga-
briela.

Ven que tu sangre en este punto mis-
mo

sobre ella salte; teme desdichada,
su muerte empieza tu suplicio horrible.

Vale á herir.

Gab. deteni. Tened

Als. impid. tamb. ¿Qué haceis, Señor?
Cuci. Fiera tirana,

hiere; muero contento si consigo
á sus ojos morir: mas por qué ultrajas
sus sublimes virtudes? es preciso
para hacirme morir el infamarla?

Quién? nosotros formar contra tu vida
tramas indignas! si me gobernára
por esas miras, sin duda en otro tiem-
po

cuando tu amor su mano me robaba,
ante los ojos mismos de su padre
me hubieras visto pronto á la vengan-
za,

obtenerla ó perderla en desafío.

Però tú que mi honor así difamas
con supuestas maldades, solo intentas
poder asesinarme con ventaja.

Pues bien, vil impostor, yo te des-
miento,

y antes que muera declaro ante la
Francia

y el mando todo que inocentes somos
Monlac, Gabriela y yo. ¿De qué te
espantas?

su esposo no eres ya, pues te has ar-
mado

contra su vida: mi valor reclama

la ley de los ilustres Caballeros:
mas de una mano dejará vengada
á su gloria y mi muerte.

Fay. Esa ley sola

es la que busco yo. No me acobardas.
Tu caracter respeto al mismo tiempo

que miro con desprecio tu vil alma.

Armadle luego. Vámonos al campo.

De mi justicia cuidará mi espada:

castigarte podría, y aun sin duda
tengo derecho á hacerlo; mas pensabas

quizá al morir que yo temerte puedo?

No; Frances como tú solo me agrada

la venganza, y á vista del peligro
doble satisfacion siento al tomarla.
Cuci. Esta vez solo se ha mostrado digno
de ella tu corazon: vamos.

Gab. poniend. en medio. ¿Guarda
qué vas á hacer? detente, temerario:

A Cuci.

qué nuevo horror vuestra iracunda fra-
gua?

y vos, bárbaro, vos contra mi esposo
quereis ensangrentaros? Vos de infamia
cubrir á mi virtud? de parricidio
cargarme quierdes? detesto la esperanza
y el amor que os la da: vuestra venida
á este sitio mi muerte apresuraba.

Conocerlo debriais: no me quejo:
vuestra vida tambien aquí arriesgada
estaba con la mia, procuremos
que quede por lo menos expiada
nuestra imprudencia. Si vuestras razo-
nes

á su cólera aquí no desengañan;
morir os toca pues que por vos muero.
Vos, Señor, escuchad.

Fay. con viol. Quanto ahora, ingrata,
decirme quieras, á instruirme solo
de tu amor servirá: contra tí hablan
tus mismos ojos: cómplice me haces
de mi ultraje y mi afrenta: en tus mi-
radas

se llega á traslucir: claro se imprime
mi deshonor en todas tus palabras.
El te quiere; es querido, tus delitos
dobles son estos. De zelosa rabia
llenas mi corazon. Su muerte ordenas:

Señalando á Cuci.

conmigo morirás, aun que logrará
salir él victorioso. Ola soldados,
á esa infiel de mi vista separadla:
de Alverico á las órdenes la dejo. *Lleva.*

Cuci á la guardia.

Cuci. Al Rey sois responsables y á la pa-
tria
de su vida...

Fay. Por todos yo respondo:
obedeced lo que mi voz os manda.

A Cuci tomándola por la mano.

Ven á saciar la sed que nos consume:
la ardiente sed á quien tan solo apaga
la sangre de un ribal aborrecido.
Consigna mi furor, pérvida, ingrata,
que fenezcamos ambos tristemente:

acabe de una vez cuanto te amaba.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

*El teatro representa un calabozo, don-
de se ve una mesa de piedra, y dos co-
lunas: la mesa ha de estar algo
oculta con la una.*

*Gabriela sentada junto á la mesa, sobre
la cual habrá una lámpara.*

Gab. Oh! qué triste, qué lenta y qué ter-
rible

¡se presenta mi infausta y postrer ho-
ra!

esta es mi tumba, viva me sepultan:
oh suprema justicia! mis congojas
despues de tantas penas te suplican
que entre mi pecho y vos juzgues tu
sola.

Si un corazon sensible es una prenda
digna del Cielo, dime ¿cómo logra
de vuestros dones ser el mas funesto?
¿mi delito cual es paraque toda
la serie de tormentos así pruebe?
¿habrá en el mundo acaso una persona
que se queje mirando mis martirios?
pero nadie me oiga la dudosa
y triste suerte del fatal combate:
donde vencido y vencedor me asombra
el furor de Fayél! sin duda alguna
que algun secreto horror me propor-
ciona

Con viveza.

¡Pero Raúl peligra y yo me inquieto!
ay mi triste Cuci! si casi toda
tu noble sangre derramaron fieros
los sarracenos, ¿cómo dí la poca
que te ha quedado defenderla puedes?
tus brazos débiles con trabajo logran
el preciso manejo, y á tus manos
falta el valor que al corazon le sobra.
Qué es lo que digo? ¿cómo preocupada
en otro que en mi esposo, mis zozo-
bras

se interesan así! sola yo muera:

Se levanta.

mi sangre vierte: quita de esta forma
el origen fatal del ódio vuestro.

Reservad vuestro aliento á las victorias

que vuestros enemigos os ofrecen.
Ése honor falso que maldades brota
abandonad magnánimos; ¿que objeto
á riesgo pone vidas tan preciosas?
ha de perder por mí la patria un hijo?
mas mi muerte me anuncian: qué dichosa
mi suerte miro!

SCENA II.

Gabriela, Alverico con dos guardias.

Gab. ¿Y bien qué ha sucedido?

Alv. Que no teneis esposo ya, Señora.

Gab. Gran Dios!

Alv. Junto á la torre que sus zelos
para observaros solo á mi custodia
rezelosos fiaron, vi el combate
que solo gobernaba una furiosa
y vengativa ira: la destreza
con el valor se olvidan y abandonan...
En campo alguno se miraron nunca
reliquias tantas de mortal discordia:
maltratadas espadas por el suelo,
robustas lanzas en el aire rotas:
retumba el yelmo al repetido golpe,
ardientes chispas el escudo arroja.
Pero de fuerte herida traspasado,
Raúl á vuestro esposo desazona
y del caballo cae; queda triunfante
el valiente Cuci, cuya victoria
ya decidida á libertaros viene.

Gab. Anda, vé, corre, y á Raúl estorba,

que hasta aquí llegue: si lo egecutase,
mi vida acabara mi mano propia.

SCENA III

Gabriela y dos guardias.

Gab. Ah cruel! vé! aquí de tu venida
todo el objeto, la esperanza toda.
Vengarme solamente procurabas,
y durante el combate, temerosa
quizás me interesaba por tí solo:
de mi esposo agravando la memoria,
solo pensaba el riesgo de tu vida.
¡Oh Fayél infeliz! culpa horrorosa!

atroz remordimiento! ¿yo he podido
ocasionar tu muerte? qué congoja!
en pago de tu amor! de un parricidio
la causa he sido! tu funesta sombra
airada seguirá por todas partes
los temerosos pasos de tu esposa.
esclamándose.

Aniquila, gran Dios, en el sepulcro
esta culpable que formaron todas
las iras del destino, y nació solo
á traspasar los pechos que la adoran.
¿Mas qué horrible espectáculo ahora
miro?

el dolor y la lástima me ahogan:
mi esposo moribundo aquí conducen.

SCENA IV.

*Fayél, Gabriela, Alverico y guardias
con achas.*

Gab. Castigadme, Señor, mi culpa sola
vuestra muerte origina.

Fayél herido, ceñido con una banda.

Fay. Satisfecha

serás en breve. Pronto á esa traidora
apartad de mi vista. Que se cumplan
las órdenes que he dado rigurosas.
Cuando lo estén, volvedla á mi presen-
cia.

Gabriela á quien se llevan.

Gab. Solo vuestras desgracias ocasionan
mis verdaderas penas.

SCENA V.

Fayél, Alverico y guardias.

Fayél sentándose junto á la mesa.

Fay. Mis delicias

consisten solo en prepararte otras.

Con este fin bajé á este obscuro sitio.

Alv. Pues que con una herida peligrosa...

Fay. No es tanto como tú te lo imaginas.

Raúl se prometió ya la victoria

al verme herido; pero levantado

por Armance, consiguió mi cólera

de mi enemigo traspasar el pecho.

Satisfechos morimos, pues que logra

nuestro rencor saciarse en nuestra san-

gre (ta

Tu muerte, ó pérvida, seguirá muy pron-

nuestro feliz destino.

Alv. Sosegaos.

Ya os he dicho, Señor, como furiosa al oír vuestra muerte, maldecí á su amante Gabriela.

Fay. Pues que importa?

¿es por eso quizás menos culpable? sus visitas secretas: su engañosa y execrable conducta... Sus maldades la propia sangre de Raúl abona: fue el Cielo nuestro juez; él le castiga; que se oculte su muerte; esa alevosa creyéndole triunfante ante sus ojos ha de ver puesto el corazón que adora. *Vase un soldado à llevar esta orden.*

Alv. Pero, Señor, vuestra vertida sangre...

Fay. La que me queda vivo fuego arroja, hierve en el pecho, y encendidas llamas mi rabia horrible por mis venas brota. No imagines que muera de esta herida; mas seguras harán mis manos otras en viéndome vengado.

Alv. Qué proyecto!

Señor, vivid.

Fay. La vida me es odiosa.

Mi corazón rabioso morir quiere; pero matar también mi pasión loca; en mi mano no está quedar con vida, ni perdonar tampoco á esa traidora. Por ponerla á tus pies, querido hubiera tener del mundo entero la corona; la muerte que mereces doy llorando; no le queda á mi amor luego otra cosa que hacer por tí, sino también matarme.

Alverico: cuando del alma toda esta pasión llegó á tomar dominio, las tristes consecuencias horribles de mi funesto amor preví al instante. No sé que sustos, que terror, que sombras

mis amorosas ansias inquietaban.

Todo anunciaba en señas espantosas en mi amor las desgracias de mi vida.

Tráe un vaso tapado y una carta, y lo pone sobre la mesa.

Todo está pronto ya; con sus congojas deleitemos la vista: qué tranquilo los instrumentos miro que las forjan!

Toma la carta y la enseña à Alverico.

Reconoce el papel en que su infamia me enseñó el arte de vengar mi honra.

Poniendo la mano sobre el vaso.

Este presente que inventó tu amante pronto recibirás: ah! que horrorosa presentándola yo será esta prenda!

Descubre el vaso.

Gima tu corazón, sus senos rompa la vista horrible de este tan sangriento.

Le vuelve à cubrir.

De tu amor el objeto y la memoria tus verdugos serán.

Alv. Pues qué?

Fay. Que gusto

lograr espero cuando temerosa en este corazón, que preferido al mío fue, su amante reconozca, y mire por castigo á sus delitos el triste don que así los ocasiona. En medio de ambas víctimas entonces triunfante moriré. Vela aquí ahora.

Se extremece.

SCENA VI.

Fayél, Gabriela, Alverico y guardias.

Gab. A Señor, terminad ya mis tormentos: de la muerte la imagen espantosa hace morir mil veces.

Fay. ¿Te han contado como Raúl despues de su victoria de sacarte de aquí el honor pretende? que habiendo conseguido ya su cólera herirme mortalmente por tu causa, para forzar tu cárcel tenebrosa solo espera à Reté?

Gab. Matadme al punto, y frustareis sus esperanzas locas.

Dándole el papel.

Fayél señalando el vaso.

Fay. Estas son tu sentencia: Y mi venganza

si me asusta Raúl, juzga tú ahora.

Al ir à tomar el vaso, mira à Fayél, y este la detiene.

Pero detente... Me desarmó su vista, su desesperacion temer importa y su llanto; también volver los ojos al ir à herir à quien el alma adora. A su extremo mis iras han llegado, y mi pasión aun es mas poderosa: sí: yo quiero que muera, mas no puedo mirar su muerte. Vamos: qué congoja!

Vánse con él los guardias, llevando las hachas: quedó sola la lámpara.

SCENA VII.

Gabriela sola.

Gab. ; Cuanto le compadezco! y esta carta

cuyas tiernas palabras enamoran...
(Ah Raúl no pensó sobrevivirme)
dicen así: mi corazón, qué gloria!
es mas dichoso, y en tus manos queda.
Mas ve aquí el fin de mis desdichas todas,
y de Fayél el don que mas estimo.

Mirando el vaso.

Ansioso ya mi corazón se arroja
al veneno fatal: en fin mi amante,
pues vives tú, mi suerte es bien dichosa.
Descubre el vaso, y da un grito terrible.
Oh Cielo! un corazón! maldad horrible!
Con una voz sorda.
Ah! Raúl... Ya acabó... cae en la silla.

SCENA VIII.

Gabriela y Isaura.

Isaura hablando á los guardias que estan á la puerta de la parte de afuera.

Isau. Nada me estorva,
¿la juzgais delincuente? yo su cómplice

tambien he sido; nada me sonroja.
Dejadme tener parte en sus tormentos
y en su muerte tambien. Y pues, Señora...

Se acerca à Gabriela que la hace una seña sin poder hablar.

¿Qué me matais con tanto horror y susto? *Habiendo visto el vaso.*
oh delito! Gabriela! accion furiosa.
Moribunda ya está, yerta, la vista
sija y clavada en la sangrienta forma
de aqueste corazón que solamente
reune en sí las penas que la ahogan.
Qué fria está! que pálida; no siente,
su cabeza sostengo á ver si logra

La sostiene la cabeza.

tener algun descanso: hablarme quiere:
las palabras no encuentra, solo arroja

el corazón inútiles gemidos;
la muerte es esta, sí, sus voces sordas,
sus mortales dolores silenciosos,
que sin gritos ni lágrimas sofocan.

Gabriela se levanta con una especie de convulsion.

Mas qué sollozos y que ansias repentinas!...

Gab. aturd. Raúl, Raúl querido!...
Vuelve à caer.

Isau.Cuál se postra!
permitidme que aparte.

Quiere quitar el vaso.

Gab. deteniend. No, que el mio
sobre ese corazón espire ahora.
Isau. Oh! de su turbacion delirio extraño!
Cubre el vaso y le esconde detras de una columna. Gabriela mirando ácia donde estaba el vaso, y creyendo verle.

Gab. Adorado Raúl, que en paz reposas,
tu corazón ve allí donde otro tiempo
tu Gabriela infeliz reinaba sola:
mas donde ya no está junto á él errante
creo ver de tu espíritu la sombra
que se queja, me llama, que la siga
se levanta.

espéra solo. Nuevo sér recobra
tu corazón parece junto al mio,
en ese vaso odioso tú preciosa
y noble sangre aun caliente ahuma.

Vuelve à caer.

Isau.Vuestra vista os engaña, muy remota
de vuestro horror y susto está la causa.

Gab. Deja que le sepulte triste copia
de amargo llanto: en mis cansados ojos,
ya ni humedad, ni lágrimas se notan.
Mis sollozos estan ya sofocados
al paso del dolor.

Isau. Mirad, Señora,
que vuestro padre de llegar acaba.

Gabriela mirando donde estuvo el vaso.

Gab. De las violencias y opresiones todas
ese fiel corazón era el estudio.

Isau. Cobrad aliento; vuestro padre ahora
con Retél llega, y por Fayél preguntan.
Que desengañen de sus furias locas,
aunque tarde no dudo à vuestro esposo:
por el amor de un padre es ley forzosa
tolerar el vivir.

Gabriela fuera de sí creyendo ver à su padre.

Gab. Seis vos mi padre!

pues mirad mis desgracias, mis congojas,

esa sangre, esas muertes, ese fino amante corazon que tanto asombra; todo ese horrible y lúgubre aparato.

Y quién tantas desdichas ocasiona à vuestra hija? quién así la tiene? quién? mi obediencia, vos, la rigurosa cruel costumbre que abusar permite de aquel derecho que los padres logran. *Cae apoyada en la mesa, y oprimida del dolor.*

Isau. Mas ruido siento, y es su fiero es-
poso

que vacilante y angustiado arrostra vuestra presencia, y ácia aquí camina. Ven, tigre fiera, sácia tu traidora sedienta ira; mira palpitante la triste presa que tu furia acosa.

SCENA IX.

Fayél, Alverico, Gabriela, Isaura y guardias.

Fayél con el cabello suelto, y en el mayor desorden.

Fay. ; Qué he escuchado! porque no me dejasteis

cruelles en mi error? Retél, tu colmas mis desdichas, quitándome mis dudas. Ahora sé que inocente era mi esposa: oh cuan irremediable! por vosotros

A los guardias.

y por ella tomad venganza pronta de este monstruo sangriento: en mí se mira

un abismo de horror que supo sola mi cólera inventar. Hablar no puedo.

Alverico echándose en sus brazos.

Atreverme à mirar su luz hermosa!
Vive aun?

Alv. Si Señor.

Fayél con voz debil acercándose á Gabriela.

Fay. Gabriela mia!

Gabriela sin saber donde mira.

Gab. Ay padre! acercaos, qué os estor-
xa?

abridme vuestros brazos; muero en ellos

Fay. abre los brazos y la recibe en ellos.

digna hija vuestra; mi verdad abona que à mi amante infeliz sacrificaba por el esposo que mi vida corta.

Mas haced que Fayél no se presente otra vez à mi vista; no se ponga los grados à contar de mis tormentos, y à insultarme en mis últimas congojas.

Fayél desesperado.

Fay. No; à pedir vengo el mas cruel suplicio.

Gabriela reconociéndole en la voz da un grito horrorizada, y se arroja sobre la mesa.

Gab. ; Ah yo muero.

Fayél dándole su espada.

Fay. Infeliz! mi espada toma.

Castígame con ella. Que este triste y mortal corazon desgarre y rompa. Tu inocencia sé ya, el remordimiento, las confusiones y el terror me ahogan. Mi desesperacion llègó à su extremo, à ella vengarse solamente toca.

Intenta matarse. Alverico quitándole la espada.

Alv. Señor, que haceis?

Fay. Volvedme aquesa espada; esa es la prenda que me debe sola conceder la amistad. Dámela, oh Cielo! ó mátame. Mi ultrajada esposa mirándose vengada, menos triste é infeliz morirá. Que sin zozobras al espirar notando mi castigo mire este monstruo menos rigurosa.

Gabriela volviendo en sí y mirando el vaso.

Gab. Raúl.

Fayél quita el vaso, y le da à un guardia que se le lleva.

Fay. Quitad al punto ese funesto espectáculo horrible.

Gabriela tendiendo los brazos sin conocimiento.

Gab. Dulce gloria!

querido objeto! para mí terrible! de mis manos te arranca su furiosa sangrienta ira: qué maldades nuevas en su dañado corazon se forjan?

Mirando à Fayél.

no ves, Isaura, esa insaciable fiera con que saña y rencor rompe y destroza las miseras reliquias que su furia por el suelo sembró: su ira rabiosa

el palpitante corazón irrita.

Al duro corte cuchilladas corvas

genir le escucho : mira sus pedazos

Fayél sin consuelo cae sobre una silla.

que Fayél me presenta. Tente odiosa

furia irritada... ¡El corazón sangriento

te atreves à poner sobre mi boca!

Fay. Estoy bien castigado ya, Dios mio!

Gabriela con voz muy débil, y respirando con trabajo.

Gab. Este golpe cruel mi aliento postra:
mortales parasismos siente el pecho.

Toma la carta.

O mitad de mi alma de la otra

que por tí vivió siempre en noche eter-
na

cruelmente privada! en fin ya logras
volver con ella à unirte. Yo renazco
por un momento en mi postrera hora.

Espira.

Fayél se levanta fuera de sí.

Fay. Ya muere, ya la sigo, ya el camino
seguro veo. Ah! mano elevosa,

desgarra mis heridas que por ellas,

Intenta quitarse la banda.

mi alma y mi sangre de salir ansiosa,
hallen libre camino.

Alv. Armance, pronto

el efecto impidamos de su cólera.

Fayél aparta à Alverico, échase sobre

Armance, le quita el puñal y se hiere.

Fay. Mi brazo solo es fiel, solo él me ma-
ta. *Cae à los pies de Gabriela.*

Ah! yo espiro à tus pies: bajo una losa
en un mismo sepulcro haced, amigos,
que el corazón con mi Gabriela pongan.

De su fiero verdugo el cuerpo odioso
junto con ellos de la luz se esconda.

Toma la mano de Gabriela.

En vano huye tu alma de la mía,
mi mano à tu pesar la tuya toca.

Oh amor cruel! qué has hecho de no-
sotres!

Señalándose à sí. Matando à Gabriela.

Penas, delitos:: Mira tus victorias.

muere.

FIN.

CON LICENCIA. BARCELONA:

En la Oficina de JUAN FRANCISCO PIPERRER, Impresor de S. M. Plaza del
Angel.